

 Los viejos  
amigos **Sílvia Soler**



## Índice

Portada

Dedicatoria

Cita

Primera parte

Ada y Mateu

Santi y Marc

Mateu y Lúdia

Ada y Marc

Lúdia y Ada

Mateu y Santi

Ada y Santi

Marc y Mateu

Lúdia y Santi

Segunda parte

Marc y Lúdia

Tercera parte

Sábado, 25 de abril de 2015

Epílogo

Agradecimientos

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita [Planetadelibros.com](https://planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

---

**¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!**

Primeros capítulos  
Fragmentos de próximas publicaciones  
Clubs de lectura con los autores  
Concursos, sorteos y promociones  
Participa en presentaciones de libros

---

Comparte tu opinión en la ficha del libro  
y en nuestras redes sociales:



Explora Descubre Com-  
parte

*A mi hijo Ferran. Ahora es él quien, en justa correspondencia, me empuja y me exige para hacerme crecer. Y a los viejos amigos*

Entonces, cuando yacíamos  
abrazados frente a la ventana  
abierta al desmante de olivos (dos  
semillas desnudas dentro de un fruto que el  
verano  
ha abierto violento, y que se llena  
de aire) no teníamos recuerdos. Éramos  
el recuerdo que tenemos ahora. Éramos  
esta imagen. Ídolos de nosotros  
para la fe sumisa de después.

GABRIEL FERRATER, *Ídolos*  
(*Mujeres y días*. Traducción de Pere Gim-  
ferrer,  
J. A. Goytisolo y José M.<sup>a</sup> Valverde)

## Primera parte

## Ada y Mateu

Qué interesante sería poder recordar la primera impresión que nos causó una persona al cabo de los años, cuando ya la hemos conocido, cuando la queremos.

Aquel día, el primer día en la Facultad de Bellas Artes, Mateu se fijó en Ada, la chica de los ojos extraordinarios. Esos ojos eran, de entrada, un reclamo: grandes y claros, de un color indefinido entre el gris y el azul. Sus miradas se cruzaron apenas unos segundos, pero los ojos de Ada le parecieron fríos como peces de escamas grises

Aun así, siguió observándola durante un rato desde el otro lado del aula porque, de esa chica, aparte de los ojos, le gustaba todo. La miró descaradamente, con una insistencia que buscaba una reacción —ya fuera de rechazo o de correspondencia—, pero ella lo ignoró. Fingió que el calor de su mirada, que le lamía los brazos desnudos y la sinuosa línea del cuello hasta la clavícula, ni siquiera le rozaba la piel. La verdad —Mateu lo supo en ese mismo instante— era que la abrasaba. Pero no se lo podía permitir, no podía hacerle caso.

Aquella chica había vivido dieciocho años, nueve meses y tres días esperando ese momento: su entrada al mundo universitario, al mundo de los adultos. Había preparado a conciencia, casi como si fuera una epifanía, ese primer día, el momento en que una deslumbrante criatura se daría a conocer y encontraría su lugar. No veía el momento de dejar atrás a la adolescente vulgar y de familia humilde sumergida en la viscosa mediocridad. Se la quitaría de encima como la serpiente cuando muda la piel, como el gusano de seda que se convierte en mariposa.



Con ese objetivo buscó, al acabar el colegio, el modo de sofisticar su nombre, y pidió a su familia y a sus mejores amigas que se acostumbraran a llamarla Ada. Nada de Imma. No, Imma nunca más. Las chicas accedieron a su petición con entusiasmo y con cierto grado de excitación (en el fondo, siempre habían sabido que ella era distinta, y estaban convencidas de que conseguiría crearse un personaje nuevo con el que dejaría atrás el colegio de monjas, el barrio de Sant Andreu e incluso a ellas), pero a sus padres les costó mucho. Durante todo el verano, la casa se llenó de «Oye, Imma..., ay, Ada» y «pregúntale a Imma..., ¡perdón!, quería decir Ada». Su hermana gemela estaba harta y, a veces, para vengarse de tanta tontería, la hacía rabiar: «Imma, Imma, Imma, Imma».

Aquel primer día de facultad —ese momento fundacional—, la nueva Ada no podía permitirse un intercambio de miradas cómplices con el tipo más desaliñado del grupo, el de las greñas oscuras que le tapaban media cara, el que arrastraba unas alpargatas roñosas, el que compartía conversación y cigarrillo con una especie de Sinéad O'Connor rapada y desmirriada, la peor calaña entre los aprendices de artista.

Buscando aligerar la presión de aquella mirada lasciva, Ada inició una banal conversación con la chica junto a la que se había sentado. Se había acercado a ella porque parecía de buena familia: llevaba unos vaqueros de marca con camisa blanca de corte impecable, el pelo rubio oscuro recogido en una cola de caballo, mocasines de piel y unos discretos pendientes de oro. La chica —que, efectivamente, vivía por encima de la Diagonal— alargó la mano, con un gesto insólito que probablemente no habría hecho ningún otro alumno de Bellas Artes, y dijo su nombre: Glòria Ponsirenes.

Satisfecha, Ada hizo lo propio: Ada García-Torralba. Lo dijo como si fuera un solo apellido, y se lo imaginó escrito con un guion. Le pareció que sonaba bien. Sonrió, incapaz

de disimular su satisfacción: adiós a la aburrida Imma García. Hola, Ada García-Torralba. Había nacido una estrella.

Y, a Dios gracias, ella tenía el físico adecuado para la nueva Ada: era esbelta, con el cuello largo, los pómulos marcados y unos ojos enormes y separados. También tenía —y de eso estaba convencida— una aptitud que la diferenciaría de la masa. En la carrera, Ada adquiriría, además, eso que se conoce como *savoir faire*; aprendería a relacionarse socialmente, acumularía conocimientos y potenciaría su talento natural. Se imaginaba, a punto de cumplir los cincuenta —elegante, con el pelo gris y vestida de Armani—, inaugurando una gran retrospectiva sobre su obra en una galería chic del Eixample.

Durante el primer trimestre, prácticamente no hubo ninguna relación entre Mateu y Ada. Las ávidas miradas del chico fueron perdiendo intensidad hasta desaparecer del todo. No tenía ninguna necesidad de mendigar la atención de aquellos ojos cenicientos. En primero de Bellas Artes había chicas de ojos azules como piscinas, chicas de ojos sonámbulos, chicas de ojos encendidos. Y él, Mateu, gracias a aquel aire insolente y a aquella barba larga y oscura, era objeto de torrentes de miradas. La amiga que intentaba parecerse a Sinéad O'Connor y que lo seguía por todas partes como un perrito faldero decía que Mateu se daba un aire a Gustav Klimt. No era cierto, pero sabía que a él le gustaba oírlo. Y, por una sonrisa de Mateu, aquella chica habría sido capaz de decirle que podía pasar por el hermano gemelo del mismísimo Leonardo.

Mateu no se parecía a Klimt, pero sin duda tenía la mirada inteligente, viva y penetrante de Klimt, y de Picasso, de Renoir, de Frida Kahlo o de Modigliani. También la de Leonardo.

Y tenía una voz grave y aterciopelada que hilaba argumentos apasionadamente, sobre todo cuando se trataba de hablar de arte. Los profesores lo escuchaban, los compañeros lo respetaban. No necesitaba reinventarse ni tampoco crearse un personaje. Precisamente por eso no despertaba en Ada ninguna simpatía. Cualquiera habría podido pensar que lo envidiaba, que envidiaba aquel liderazgo suyo ejercido con naturalidad, aunque tampoco estaba muy claro. Admiraba la vitalidad de su mirada, pero detestaba su aspecto desaliñado.

Eran dos alumnos brillantes, que intervenían a menudo en clase y se disputaban la atención de los profesores. Esa competitividad se hacía especialmente patente en las clases del doctor Vegara, el eminente antropólogo que les había descubierto la capacidad humana para representar la realidad a través del arte y les abría ventanas a mundos exóticos y a culturas que no habían sido mancilladas por la llamada civilización; un mundo misterioso y deslumbrante de chamanes y danzas rituales que los inspiraba y los excitaba.

Las clases de Vegara podían limitarse a su exposición magistral —que los alumnos escuchaban con auténtica devoción— o transformarse, en cualquier momento, en un encendido debate sobre, por ejemplo, si el arte hace o debe hacer compatibles el conocimiento científico y el pensamiento mágico.

Mateu, que ya entonces era un lector voraz que digería y sacaba provecho de todo lo que leía, levantaba su poderoso brazo y pedía la palabra para citar a Lévi-Strauss: todo el mundo sabe que el artista tiene a la vez un poco de sabio y un poco de artesano.

Vegara asentía, y Mateu, con una sonrisa de satisfacción en los labios, volvía a sentarse y echaba una mirada a la zona oeste del aula, donde había visto de reojo que estaba sentada la estirada de los ojos grises.

Ada acusaba de pedante a Mateu, y no dudaba a la hora de sembrar dudas insidiosas sobre la solidez real de sus conocimientos en el ámbito del arte. Insinuaba que, en el fondo, era todo una gran *mise en scène* (y lo decía así, con ese acento francés del barrio de Sant Andreu aplicadamente adquirido en las clases de sor Ángela): la barba descuidada y más larga de lo habitual, los pañuelos al cuello de colores vivos —morados, verdes, rojos—, el tabaco de picadura, la mochila siempre medio abierta para que asomara la cabeza algún libracó sobre teoría del arte, iconología o estética.

Los dos reclamaban atención, deseosos de recibir los halagos del profesor y de responder rápidamente y con inteligencia a sus interpelaciones.

Por eso, aquella mañana de diciembre, cuando el doctor Vegara entró en clase con su paso decidido y, sin tan siquiera dar los buenos días, preguntó: «¿Quién sabría decirme algo interesante sobre Gauguin?», los mecanismos internos de Ada y de Mateu se activaron y los dos levantaron la mano a la vez.

—La chica del jersey de cuello alto... ¿Ada, verdad?

Vegara se acordaba de su nombre. Ada paseó brevemente la mirada por el aula saboreando ese primer triunfo.

—Postimpresionista francés. Su pintura evolucionó hacia el sintetismo y el simbolismo, especialmente durante su etapa en la Polinesia. Su concepción estética ejerció una poderosa influencia en los movimientos expresionista y fovista.

Pausa. Ada cogió aire y clavó sus ojos acerados en el profesor, que la miraba impertérrito. Decidió continuar.

—Algunas de sus obras más famosas son *El cristo amarillo*, *Tahitianas en la playa* o *Van Gogh pintando girasoles*. Su relación con Van Gogh...

—Gracias, Ada. Escuchemos también al señor Alert.

Ada se sentó con la espalda muy recta, como le habían enseñado a hacerlo las monjas. Le habría gustado poder lucirse más. Se mordió el labio mientras veía las miradas de sus compañeros puestas en Mateu, que se había levantado sin prisa, como si le diera pereza. Pensó que no le iría mal una buena ducha.

—Gauguin era un salvaje. ¡Quería ser un salvaje! Por eso dejó atrás una vida convencional, pasó hambre, soportó el desprecio de la crítica y del público... todo por la pintura, sin normas sociales ni académicas, buscando la esencia. Intentó encontrar el paraíso en la Bretaña, en Tahití o en Martinica, y quiso enseñar a sus amigos europeos, blancos y burgueses, que la belleza podía tener otras formas y colores. Solo contaba con sus pinceles y sus óleos y una fe inmensa en su arte. Pintó árboles azules, soles a pleno sol; campos rojos; flores como chispas. Decía que el proceso creativo nace cuando sentimientos extremos entran en contacto en el interior del artista y todo estalla como un volcán. Y también decía que solo es feliz quien es libre. Y que solo es libre quien es lo que puede ser, es decir, lo que debe ser.

El silencio vibraba cargado de entusiasmo; hasta Ada pudo notarlo. Mateu se sentó de aquella manera tan típica de él, medio encogido, con el cuerpo repantigado con indolencia. El profesor Vegara se limitó a mover la cabeza un par de veces, asintiendo con un inequívoco gesto de aprobación. Y entonces les anunció que esa primavera, la de 1989, se celebraría, en París, la exposición más importante que hasta entonces se había hecho sobre Paul Gauguin, con piezas procedentes de museos de todo el mundo. Era una ocasión única, dijo Vegara, y les animó a viajar a la capital francesa para verla.

Esa noche, Ada durmió poco y mal. Se odiaba. Odiaba su discursillo mediocre de estudiante de bachillerato sobre Gauguin. Aquella insignificante entrada de enciclopedia. Aquella ridícula intervención en la clase del doctor Vegara.

Había desperdiciado su primera oportunidad para lucirse delante de él y de la clase resucitando a la repelente y patética Imma García.

Y seguía odiándose sin remedio cuando al día siguiente, a primera hora, entró en el bar de la facultad a tomar el café, con la cabeza gacha y una actitud ensimismada. Allí la esperaba, exultante, su amiga Glòria. «¡Ven! —le decía mientras la empujaba por el pasillo—, ¡ven a mirar el tablón de anuncios, corre!» Ella se dejó llevar, aunque fuera incapaz de interesarse por ninguno de los anuncios que los profesores o la secretaria pudieran ofrecerle esa mañana.

Glòria la agarró de la mano durante los últimos metros, se colocó detrás de ella y la hizo avanzar dos pasos antes de dejarla situada exactamente delante de una hoja de papel amarillo. Sin ganas, Ada leyó: «Se ofrece conductor para viajar a París para ver la exposición de Gauguin». Y debajo, en letra más pequeña: «Si alguien quiere ir y dispone de coche, puede ponerse en contacto conmigo en el teléfono...».

Qué cara más dura, pensó de inmediato. ¡Un fresco que no tiene coche y quiere conseguir uno sin pagar un duro!

Glòria le daba impertinentes golpecitos en las costillas. «¿Qué? ¿Qué? ¿Nos apuntamos?»

Solo entonces —las letras se movían delante de sus ojos debido a los codazos de su amiga— vio su nombre. El caradura que firmaba el anuncio: Mateu Alert. Su reacción no se hizo esperar: «¡Yo con ese tío no voy ni a la vuelta de la esquina!».

Glòria, en cambio, aseguró que, si al final aparecía algún coche, ella sí se apuntaría. ¡Imagínate! ¡Un viaje a París!

Y el coche apareció al día siguiente: un tal Santi escribió en el papel del tablón de anuncios que él también quería ir a París y que su tío le prestaba un Peugeot 205 que estaba en bastante buen estado. Justo debajo, alguien había escrito: «¡Yo también me apunto!», y un nombre: Lúdia.

Ada volvió a decir que, por mucho interés que despertara en ella la exposición de Gauguin, de ninguna manera estaba dispuesta a hacer un viaje con aquel desgreñado.

Al día siguiente, Glòria le contó, compungida, que sus padres no la dejaban ir a París. Ada los justificó, comprensiva: «No me extraña, con unos chicos a los que no conoces de nada, y que, además, no deben de tener mucha experiencia al volante... Cualquiera se fía».

En la lista del tablón de anuncios apareció un cuarto nombre: Marc Daura. Ada sabía quién era, lo tenía controlado. Un chico de buena planta, que normalmente llevaba polos de tonos claros, con una mandíbula ancha que encajaba una sonrisa franca y el perfil griego. Hacía semanas que intentaba tropezar con él en el bar o en la biblioteca, pero todavía no había encontrado el modo de entablar conversación.

—¿Vamos? —Glòria la apremiaba porque no quería llegar tarde a clase de escultura, una asignatura en la que destacaba.

—Adelántate tú. Yo voy ahora...

Antes de darse la vuelta, Glòria vio que Ada sacaba un bolígrafo y escribía algo en la hoja del viaje a París. Supuso que los estaría insultando y se acercó a ver. No. Solo había escrito su nombre debajo de los de Mateu Alert, Santi, Lúdia y Marc Daura: Ada García-Torralba.

Ante la mirada estupefacta de su amiga, Ada se volvió con una gran sonrisa en los labios: «¡Pues ya somos cinco!».

Del viaje a París, Mateu recuerda una noche: la lluvia fina, la ropa empapada, el temblor que sacudía el cuerpo de Ada, la humedad calándole los huesos. Estaban sentados en la orilla del Sena, sobre la piedra, y ella tenía frío y quería irse. Él no quería que se marchara y le decía que cerrara los ojos y pensara en los cuadros de Gauguin que habían visto horas antes: «Cierra los ojos y el frío desaparecerá. Mira, hace